

ESPIRITUALIDAD SS.CC Y ORACIÓN

Pablo Fontaine ss.cc.

Es bueno recordar que una “espiritualidad” en la Iglesia, no aporta una doctrina nueva, excluyente de otras, sino que consiste en una forma de vida cristiana que acentúa algunos rasgos del único evangelio de Jesucristo.

En este entendido, se señalan aquí algunos aspectos de la vida cristiana que tendrían que prevalecer en el laico que busca recorrer el camino espiritual de esta congregación.

Me refiero más especialmente al corazón de Cristo, al de María y a la acción reparadora.

1. El corazón de Jesucristo

“Los he amado a ustedes como el Padre me ama a mí” (Jn 15,9)

¿Qué es el corazón de Jesucristo?

Es el mismo Jesús contemplado y amado en profundidad. Es Jesús, considerado más allá de su actividad y sus sentimientos, más allá de lo puramente humano, pero implicando todo o humano. Es el fondo íntimo del Hombre Dios.

Cuando conocemos una persona, captamos primeramente su figura, sus palabras, sus hechos y, de a poco, vamos entendiendo su interioridad, su corazón. Sobre todo lo entendemos cuando tenemos afecto por esa persona. Así sucede con Jesús, cuyo fondo último es el Misterio de Dios mismo.

Dicen las constituciones de la congregación: *“Nuestra misión es contemplar, vivir y anunciar el Amor de Dios encarnado en Jesús”.*

Veamos esto más de cerca.

Contemplar el corazón de Cristo es estar con la oración y con la vida entera ante esa realidad del Amor misericordioso que Israel fue conociendo de a poco a través de siglos, y que, desde los tiempos del Nuevo Testamento, pasa por el corazón humano de Jesús.

Los laicos son llamados a esta contemplación, no con largas oraciones como los monjes, sino en el mirar con lucidez el correr de sus días, descubriendo allí la presencia de ese amor: en su familia, en su trabajo, en su estudio, en la realidad social o política, en el arte o en el deporte.

También necesitan ellos tiempos de silencio para dialogar con el Jesús que ora, que sana, que perdona, mira con cariño a los niños y a los pobres, sufre y muere por todos.

Si no se diera este diálogo en los laicos, no podrían reconocer al Señor en sus vidas. Si no lo buscaran en las páginas del Evangelio, no lo encontrarían en las calles del mundo.

Vivir ese Amor de Dios encarnado es reconocer lo que hemos recibido a través de una historia colectiva y personal de salvación, es reconocer lo que hemos recibido de Jesús, es tener, por experiencia, la certeza de que somos amados y es renacer cada día a ese gozo evangélico.

Anunciar este Amor es procurar convencer a la gente de que es amada. Para muchos laicos, será llevar generosamente su vida matrimonial, su trabajo, su esfuerzo por servir a los pobres buscando un mundo mejor, soportar con entereza la cruz de cada día, expresar sin temor su fe e irradiar la alegría que le viene de esta fe en el amor de Dios.

2. El corazón de María

“María meditaba todas estas cosas en su corazón” (Lc 2,19)

Estas palabras y otras del evangelio, nos hacen entrever la riqueza interior de la Virgen. Nosotros le pedimos que nos contagie su fe, su atención a los pequeños, su humildad, su fortaleza, su silencio, la gratitud de su alma cuando canta la grandeza del Señor.

Con ella nos ponemos en la disposición de abertura al Espíritu para saber decidir en situaciones complejas como las que ella vivió y como se dan a menudo en la vida de un laico.

Para adoptar tales decisiones queremos tener como telón de fondo, su misma disposición para hacer la voluntad del Padre, sin reserva alguna: *“Hágase en mí según tu palabra”*.

Ella nos ayuda a interiorizar el evangelio para que éste no quede como un conocimiento frío y externo. Ella nos enseña a sentir con el corazón de su Hijo a quien amó entrañablemente, y a quien acompañó hasta el calvario.

En su compañía amable y silenciosa, encontramos la fuerza para llevar adelante, con alegría, nuestra oración y nuestras tareas más pesadas y rutinarias.

3. Reparación

“Cumplo en mi carne lo que falta a los sufrimientos de Cristo” (Col 1, 24)

“Como por la desobediencia de un solo hombre todos los demás pasaron a ser pecadores, así también, por la obediencia de uno solo, una muchedumbre fue constituida justa y santa” (Rom 5,19).

Aunque Dios no puede sufrir, el pecado no lo deja indiferente. El pecado logra herir a Dios de un modo que sobrepasa nuestro entendimiento, y hiere el corazón de Cristo como lo hace toda ofensa hecha a un amigo.

Jesús ha compensado esta ofensa con la entrega plena a la voluntad divina. Su amor al Padre ha sido más fuerte que todo el desamor humano.

Siguiendo su ejemplo, queremos que en nuestro corazón se dé la mejor respuesta posible a Dios, y actuar en todo conforme a su voluntad. Quisiéramos compensar el daño del pecado, quisiéramos amar y sanar así el corazón herido de Cristo.

Naturalmente que es un intento imposible. Nuestro propio pecado colabora para hacer más grande esa herida. Pero nos unimos a la oración del Redentor para ofrecerle al Padre el corazón de su Hijo.

Por otra parte, la ofensa que Dios recibe con el pecado, va unida al desastre que éste significa para la comunidad humana, especialmente para los pobres que sufren la injusticia y la violencia. El

pecado tiene rostros concretos en los oprimidos de este mundo. Sobre ellos se inclina el corazón de Dios: “He visto la aflicción de mi pueblo” (Ex 3).

Por eso, junto con el movimiento interior de reparación (afectivo), queremos esforzarnos por hacer un mundo mejor que haga justicia a los más débiles (reparación efectiva).

Este doble movimiento reparador: la mirada contemplativa y el trabajo, configuran nuestra oración como un anhelo de amar mucho y colaborar a la alegría de Dios y del hombre, como un diálogo de corazón a corazón, como un rechazo del pecado en cuanto ofensa a Dios y opresión a los pobres, como compasión por el pecador y comprensión de su situación.

Todo eso está en nuestra oración.

4. La fraternidad

“Ámense como yo los he amado” (Jn 13,34)

Al esforzarnos por ponerle “corazón” al mundo, colaboramos para recrear una verdadera fraternidad.

De ahí el empeño por hacer comunidad, fomentar la cogida, la cordialidad, el amor universal, el diálogo, el amor a los últimos y abandonados, siguiendo el precepto del Señor que nos pidió entregar un amor como el que él nos ha dado.

Este afán por la fraternidad nos pone de lleno en el corazón de Cristo y en su oración por la unidad: “Que todos sean uno como tú, Padre, estás en mí y yo en ti” (Jn 17,21).

El corazón de Cristo y de su Madre reparan el pecado humano con el servicio redentor que realizan para devolverle al Padre una humanidad reconciliada.

En esa oración entramos nosotros cuando pedimos por los hermanos y cuando con ellos hacemos oración al Padre para que venga su Reino de justicia y de paz.

5. La Eucaristía

“Él los amó hasta el extremo” (Jn 13,1)

Signo de esa unidad, signo del amor de Dios que ha sido derramado entre los hombres, es la Eucaristía que hace presente la entrega de Jesús en obediencia al Padre.

En esta cena de hermanos, nuestra oración se hace entrega al Padre, ofrecimiento del cuerpo y la sangre de Cristo, de su vida misma; y compromiso de amor fraterno, sobre todo con los más desposeídos.

Prolongamos esta actitud “oblativa” de la celebración eucarística en el silencio de la Adoración. Allí seguimos ofreciendo el cuerpo de Cristo y nos unimos a él en una conversación de amistad, mientras pedimos por los crucificados de este mundo.

Adorando ante el tabernáculo, tenemos esta peculiar forma de oración que nos hace entrar en el corazón de Cristo y en el de su Madre, para presentarle al Padre el deseo de suplir con nuestro amor la ingratitud humana que desprecia su amor, y pedirle que cese la injusticia y la violencia de nuestro mundo para dar paso a otro más justo y fraterno.

6. Según esto cómo deber ser tu oración

Desde el corazón de Cristo

Seguramente ya tienes decidido tener un tiempo de diálogo silencioso con el Señor, cada día, cada semana o cada mes.

En ese momento que es un verdadero regalo que él te hace a ti, más que tú a él, aquietarás tu corazón, harás silencio en tu interior y le pedirás al Espíritu Santo, que es el Espíritu de Jesús, que sostenga tu oración.

Después entrarás en el corazón de Jesús, es decir, pensarás, sentirás, imaginarás, pedirás, prepararás tu espíritu, y desde Jesús y con él, te dirigirás al Padre para darle gracias por todo lo que te ha dado desde la niñez y por lo que te sigue dando, y porque te entrega la misión de anunciar a otros la misericordia de Dios.

No es solamente que tu oración se parezca a la de Cristo o que se haga en él. Tu oración es la de Cristo. Tu corazón se ha hecho el suyo. Le dices al Padre con él: “Gracias, Padre, por la misión que me confiaste en el mundo”.

Le pides al Padre, con Jesús, que en ti se haga su voluntad, aunque a veces te cueste. Y, a diferencia de Jesús, le pides perdón, pero lo haces con la certeza y la alegría de saberlo perdonado.

Pídele que te ayude a reconocerlo en los acontecimientos de tu vida. Quédate en silencio también, sin decirle nada, adorando su Presencia amorosa en tu vida.

Desde el corazón de María

Puedes pedirle muchas cosas a María; te escuchará porque es tu Madre. Tal vez no obtenga para ti precisamente lo que pides, porque sabe lo que te conviene. Se contentará con decirle a Jesús cuál es tu necesidad y a ti te dirá, como en las bodas de Caná, que hagas todo lo que él diga.

Pero es más importante que ores desde su corazón, participando de su gozo, porque Dios ha hecho grandes cosas en ella, en tu pueblo y en ti mismo.

Dejando que se haga en ti “según la palabra del Señor”, acepta en consecuencia que una espada atraviese tu alma, y prepárate a permanecer junto a la cruz de Cristo como María, sin otra ayuda para sostenerte que tu fe. Esa vez estaba Jesús solo, inerme y fracasado. Como a veces puedes estar tú.

Con María y con la Iglesia, recibe la alegría sobreabundante del Espíritu derramado en Pentecostés. Permanece unido a tus hermanos y ora por ellos, y por la misión que desarrollan.

Que tu oración venga desde lo hondo, como la de María, que sea como una conversación suya con su Hijo o una contemplación del Padre. Que se despliegue tu oración como un gran deseo de

entrar en esos corazones para participar en su interior, en su obra redentora, que es la obra del amor misericordioso en el mundo.

Desde la Eucaristía restauras el amor de hermanos

Estás llamado a reparar el pecado, y este propósito comienza en tu oración, más precisamente, en la adoración ante el tabernáculo. Allí contemplas el corazón de Cristo y te pones, como María, junto a la cruz del Señor. Tu corazón se conmueve también con la crucifixión de la humanidad, la de los pobres, enfermos y perseguidos.

Allí le dices al Padre que estás dispuesto a hacer su voluntad. Le pides que te ayude a hacer fraternidad en torno tuyo y en el mundo.

En la adoración y en la celebración de la eucaristía, significas y preparas tu acción en el mundo, tu entrega al prójimo, tu trabajo de cada día para mejorar tu hogar, tu barrio, tu pueblo.

7. Dos oraciones de nuestra espiritualidad

Oración al Corazón de Jesús

(Pablo Fontaine, ss.cc.)

Señor Jesús,
 en cuyo corazón está la plenitud del amor,
 enséñanos a llevar un corazón redentor como el tuyo,
 mostrando nuestro amor al Padre
 en la humilde obediencia a su voluntad,
 mostrando nuestro amor a los hermanos
 por la entrega de nuestra vida a su servicio.

Corazón de Jesús, niño de Belén,
 enséñanos a confiar en el Padre con la sencillez de los niños.

Corazón de Jesús, obrero de Nazaret,
 transforma nuestro quehacer cotidiano
 en una continua oración reparadora.

Corazón de Jesús, predicador de salvación,
 pon en nuestros labios tu Buena Nueva
 para llevar a los hombres un mensaje de esperanza y de aliento.

Corazón de Jesús, varón de dolores,
 haz que cumpliendo en nuestra carne lo que falta a tu pasión,
 llevemos sobre nosotros el sufrimiento de tu Iglesia.

Suba hoy la oración de esta comunidad
 como el incienso en tu presencia:
 vayan con ella nuestras penas y alegrías,
 nuestros proyectos, anhelos y esperanzas.

Llevada por la mano de María
llegue pura y sencilla esta oración hasta tu trono.
Ella nos dé su docilidad y abandono,
ella nos haga reconocer todo lo grande que nos has dado
y nos alegre en nuestra pequeñez y pobreza.

Te pedimos que nos bendigas según tu misericordia.
Y ya que “hemos creído en tu amor”,
haz que penetremos para siempre en tu corazón;
y reinaremos contigo para gloria del Padre. Amén.

ORACIÓN PARA TENER EL CORAZÓN DE MARÍA

Señor,
tú has elegido a la Virgen María
como Madre del Redentor y Madre nuestra.

Te rogamos la hagas presente en nuestra vida:
que en su silencio, escuchemos tu Palabra;
que en su fe recibamos tu Evangelio;
que con su humildad reconozcamos tu poder,
que con su pobreza encontremos tu alegría.

Haz que por su pureza podamos contemplar tu rostro,
y en su sencillez confiemos en tu misericordia.
Danos su fortaleza para seguir a tu Hijo en la Cruz,
y su ayuda para vivir profundamente el misterio de tu Iglesia.

Te lo pedimos por Cristo, nuestro Señor. Amén.